

MINING STORIES

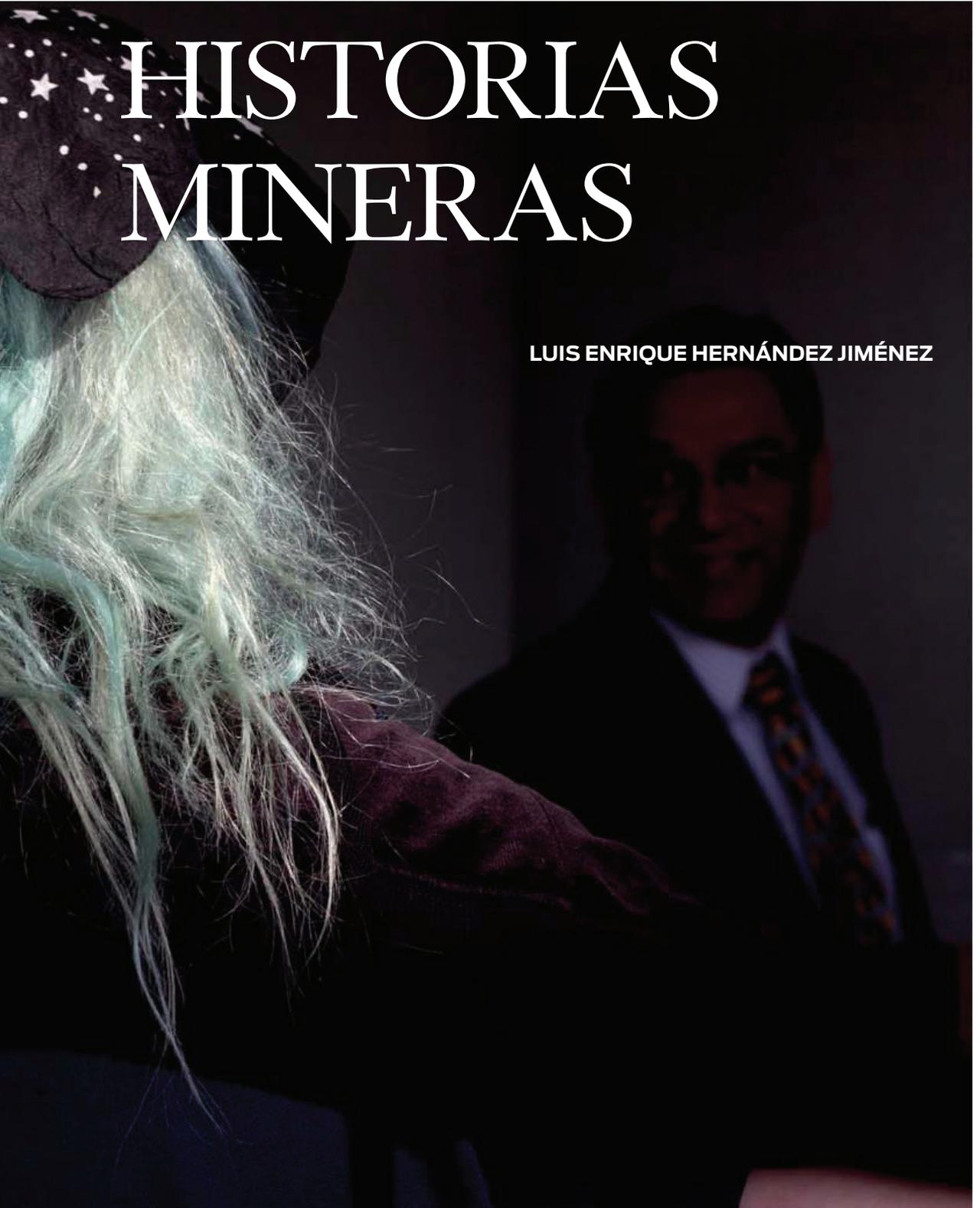
Recibido: junio 30 de 2020

Aprobado: julio 13 de 2020



HISTORIAS MINERAS

LUIS ENRIQUE HERNÁNDEZ JIMÉNEZ



Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión.

Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia que otro estaba soñando.

Jorge Luis Borges. *Las ruinas circulares.*

Para Gloria Carreño

Otra vez aquí, frente a la grande, imponente, roja y maldita horca. Una vez más esperando la entrada a la fría y maldita jaula, para que el tiro nos trague, al igual que un perro que de un bocado se traga un pedazo de carne, y de la misma manera que después es echada fuera por otro lado, nosotros saldremos por el mismo lugar, sólo que igualmente hechos mierda.

* * *

Hace tiempo que no te levantabas tan temprano. Ya te habías desacostumbrado. Tuvieron que ir a jalarte la cobija para que te levantas. Y con todo, se te hizo tarde. Ni tiempo tuviste de desayunar, pero, ¿qué desayuno ibas a tomar?, si apenas sobró un poco de lo de ayer para tus tortas de hoy. Además, la emoción que sientes no deja lugar al hambre, hasta andas de buen humor, si no fuera porque tuviste que levantarte temprano y por el frío que hace, todo estaría bien; pero, en fin, a todo se acostumbra uno, menos a no comer. Y tú, hasta a eso te

has tenido que acostumbrar, a no comer, a no vestir, a pasar frío.

Pero hoy no quieres ser pesimista. Hoy empiezas a trabajar en la mina. En San Juan, en ese lugar del que se cuentan muchas leyendas, que se aparece no sé quién, que si hay nahuales, que si se puede llegar al centro de la tierra, y aunque no son tiempos para creer esas historias, hoy quisieras que fueran verdad, si hasta soñaste que descubrías una veta enorme y toda de oro, que brillaba como el sol y te deslumbró, y te hacían honores, y salías en los periódicos, y hasta el presidente te felicitaba. Pero, bueno, fue un sueño, y en los sueños todo se vale.

Muchas veces te preguntaste cómo sería por dentro, cómo se vería la plata, qué se sentiría cargar el casco, la lámpara, la barrena y ver las barras salidas de la refinería. Hoy por fin lo vas a saber.

Mientras te vistes, piensas en tu padre, quien también fue minero, y aunque pocas veces hablaron tú y él, lo que mejor recuerdas son las cosas que te platicaba de la mina. Lo que ahora no puedes recordar

LUIS ENRIQUE HERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Tiene estudios de licenciatura en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Entre 1988 y 1989 trabajó en el Archivo Histórico de la Compañía Real del Monte y Pachuca como analista especializado; de enero de 1990 a julio de 1999 fue investigador y analista en el Centro de Documentación e Investigación de la Comunidad Ashkenazí de México. Además, desempeñó por veinte años el cargo de subdirector del Centro de Documentación del Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres).

es cada vez que, al final de cada historia, siempre te decía que nunca se te ocurriera entrar a trabajar allí, porque hay accidentes y quedan inválidos o lisiados o tuertos o muertos, y, aunque salgas vivo, la silicosis te matará algún día, como a él.

No te importa, tú te vas a cuidar, no eres tonto, eso te dice la gente, que no eres tonto, pero que no sabes aprovechar el tiempo y que por eso te corrieron de la escuela, pero ahora, en la mina, sí lo vas a aprovechar, y hasta te van a pagar.

* * *

No lo había notado, pero me siento como el primer día que entré a este lugar, sólo que hoy es distinto, hoy cargo encima todos los años de trabajo, de friega, de sudor, de polvo... de chinga.

Hoy vuelvo a sentir lo mismo que hace muchos años al bajar por aquí mismo, miedo: el vértigo de la primera vez que bajas, al que después se acostumbra uno, pero hoy lo siento multiplicado por cien o por mil o por lo que sea. La idea de no volver a salir hoy la tengo más clavada en el cerebro que hace... que hace no sé cuántos años... los suficientes para poder jubilarme, los necesarios para dejar los pulmones aquí dentro... los únicos de mi vida.

Ayer quise subir del nivel 470 al 370 por la escalera. No pude. No llegué ni a veinte metros y ya me pesaban las botas, el casco, la lámpara. No pude. Hace diez... no, hace cinco años lo hubiera hecho sin dificultad. Es más, la semana pasada que tuvimos que salir por la escalera porque estaban manteando y la jaula no llegaba hasta abajo no sentí nada de cansancio, hasta me sentí joven. Pero hoy, hoy no podría andar sólo por los túneles, hoy me

perdería y creo que hasta podría llorar del miedo.

* * *

Jamás pensaste que bajar por el malacate diera mareo... ¿O fue miedo? No, fue mareo. El sobresalto en el corazón fue porque te agarró desprevenido el jalón hacia abajo... ¿O fue miedo?... Sí, sí fue miedo. De pronto pensaste que el cable se podría reventar o que alguien se acercaría mucho a la orilla y se caería... o que tú mismo fueras a dar hasta abajo con tu humanidad. Pero no, no pasó nada. Nada más fue el vértigo que produce la falta de luz y de aire, además el peso del casco que se te desarregló, la lámpara y las botas, todo junto, que te hacen sentir incómodo, y la velocidad con que baja el malacate.

No te recibieron tan mal. Aunque ya empiezan a hacerse señas entre ellos como planeando algo. Pero tú vienes prevenido, ayer compraste cigarros con la intención de convidar a los demás y hacerte de amigos, por aquello de no, te entumas. De todos modos, piensas andarte con cuidado.

Te dijeron que te fueras con la cuadrilla de ademadores, al nivel 330. Y te preguntas dónde queda, si ni sabes que es un ademador ni de qué te hablan cuando dicen nivel ciento y tantos.

Aunque te hubieran dicho que ibas al infierno, tú te hubieras ido, de todos modos, no sabes ni dónde queda.

Qué raro te mira ese señor. Parece el más viejo de todos. No vaya a resultar maricón y entonces sí ya la jodimos, porque no eres feo, pero tampoco es para que te salga un admirador. Pero no, dicen que aquí el que no es, se hace hombre. Más bien te ve



Mientras te vistes, piensas en tu padre, quien también fue minero”.



como si fuera tu papá o tu abuelo. Como si quisiera hablarte y no se decidiera. Por fin se decide y te pregunta que a dónde vas. Tú le dices que con los ademadores al nivel trescientos y tantos. Te dice que él va a una frente a tronar una carga y que ojalá te guste el trabajo, y que a donde vas no es difícil, y que te cuides. Y voltea a verse las manos como si no fueran de él. Luego, te ve y suspira. Parece que lleva muchos años aquí. Y qué te importa, tú empiezas hoy.

Esto parece, como dice, que es un elevador. Se va deteniendo en varias partes y sube y baja gente. Todos te miran como diciendo “este es el nuevo... que se cuida”. Eso te da un poco de miedo, pero ya sabes que así es en todos lados con los nuevos. Primero les meten miedo, les hacen su novatada, y luego ya te invitan las cervezas.

No sabes cuánto has bajado, el señor se baja con otros y voltea a verte despidiéndose de ti y antes de bajar te pregunta tu nombre: “Ángel Garnica”, le contestas; “un ángel en el infierno”, dice él.

Te dicen que es el señor Sandoval, que hoy es su último día de trabajo porque ya se jubila, que lleva más años que nadie. Ves cómo empieza a caminar hacia adentro del túnel, mientras tú sigues bajando como si de veras fueras al infierno.

¿Y ese chamaco? No lo había visto. Por venir pensando tanta tarugada. ¿Qué edad tendrá? ¿Quince o dieciséis? No creo que tenga más. ¡Ah, cuando yo tenía su edad!, pero ya no la tengo, ahora tengo ésta edad que se me olvida cuál es.

Ojalá que no le hagan la maldad de mandarlo por la herramienta y dejarlo solo en un túnel, al pobre; voy a tratar que se venga conmigo para que no le hagan maldades.

Pero ¿de qué va a servir?, si no se la hacen hoy, ya se la harán mañana. Si yo me salvé de estas cosas nomás porque le caí bien al *maistro* López... dicen que ya murió, o más bien que lo mataron a traición en una borrachera en El Arbolito. Pobre, de tantas que se salvó en la mina y venir a morir de esa manera. Aunque no sé qué es peor, si morir allá afuera o aquí dentro, en el lugar que a uno le ha arrancado sus mejores años... porque ningún trabajo en el que se muere la gente es un buen trabajo. Pero yo ya voy de salida y otros de entrada, y siempre será lo mismo.

Pobre muchacho, luego luego se vio que se espantó con la bajada. Así era yo cuando entré, hasta más chamaco, creo. Mi primer día de trabajo me mandaron a la tronada. ¿A dónde lo mandan a él?... a los ademes. No es muy difícil, pero tienen que caminar mucho y pasar por alcancías viejas... las alcancías guardando la plata, deteniendo el peso de la riqueza. Y a veces sosteniendo a la muerte. ¿Cuántos habrán muerto en las alcancías? No tengo la cuenta. Pero son



Aunque te hubieran dicho que ibas al infierno, tú te hubieras ido, de todos modos, no sabes ni dónde queda”.

muchos. Mi compadre Raymundo dice que éstas se parecen a las que tiene en su casa, que nomás le echa y nunca ve que le deje ganancia porque sus hijos le sacan el dinero, y que así son éstas, sólo que la ganancia es para otros hijos... jijos deben ser.

Me duelen las manos. No sé por qué. Deber ser el frío. Últimamente siento mucho frío en los pies y en las manos... las manos. ¿Cuántas manos habrán trabajado en la mina? Las suficientes para abrir tanto hoyo en la tierra y sacarle todo lo que se pudo. Las únicas que nunca vieron más ganancia que los callos y dedos mochados o un par incompleto.

Bueno muchacho, aquí nos separamos, estoy seguro que hoy se van a separar el niño y el hombre que traes adentro. Nos vemos a la salida...

* * *

Ahora ya no te asustó el jalón. Ahora ya sabes cómo es la mina. Cómo es el calor sofocante y pegajoso que se siente en un túnel, y cómo el frío que se mete por todos los huesos y se cuele por los hoyos de tu camisa, en túnel siguiente. Los conociste sin que mediaran entre ellos los meses de las estaciones, sino tan sólo unos cuantos metros. Y no sólo eso, cuando te mandaron a recoger madera, se te ocurrió apagar la luz de la lámpara para probar estar a oscuras, y supiste cómo es la obscuridad, no la de la noche ni la de los sueños, sino la de verdad, la que se siente como algo vivo que te agarra y no te deja caminar. Y con la obscuridad sentiste otro miedo, no

el del malacate que fue como mareo, sino ese que te hace sentir que el corazón se te acelera y quiere salirse del pecho, te falta el aire y te sudan las manos, y sientes de repente un gran cansancio y muchas ganas de orinar. Lo que aún no sabes es que eso lo sentirás muchas veces mientras estés aquí abajo, y que, aunque enciendas la lámpara de nuevo, tendrás las mismas sensaciones, pero acompañadas por la luz; no precisamente por la que dejaron allá arriba y que tanta falta te hizo durante todo el turno de trabajo.

Es cierto que fue fácil lo que hicieron y es cierto que quisieron hacerte la novatada y es cierto que hiciste amigos cuando sacaste los cigarros, pero ¡Dios!, ¡qué solo te sentiste cuando empezaron a caminar por los túneles! ¿Cuánto caminaron?, no lo sabes, lo que sí sabes es que, a pesar de la compañía de los otros, aquello se siente mucho muy solo, y más solo cuando de pronto se oye como el rugido de un león y el bufido de un toro al mismo tiempo, y no sabes de donde viene; te dicen que es sólo una máquina que trabaja con aire, pero tú estás seguro de que es un dragón que viene por ustedes; aunque quieres dejar de pensar esas cosas que están en tu recuerdo de cuando tenías cinco años, ahora tienes diez años más, pero la fantasía ahora es casi real.

De pronto no oyes nada. De pronto todo queda en silencio y así, de pronto, empiezan los ruidos que hacen las herramientas de tus compañeros, oyes una voz que te pide un marro y se lo das sin darte cuenta del movimiento que haces. Estas

esperando que suceda algo, cualquier cosa, y sucede. Viene un tronido que lo sientes lejos y cerca a la vez. Lo sientes en los oídos, en el pecho, en el estómago y hasta en los testículos, aunque la actitud de los otros te hace pensar que no ocurre nada, no puedes dejar de sentir que el cerro se te viene encima y te aplasta. Y piensas en todo y en nada, en todos y en nadie.

Todo eso sentiste en unos segundos. Y se te ocurre que la mina es un conjunto de sentimientos. Pero no, es sólo un conjunto de miedo, frío, obscuridad, soledad y trabajo, mucho trabajo.

A la salida, vas reconociendo las caras que viste a la entrada, que aparecen por otros túneles, se juntan y suben a la jaula del malacate. Te dicen que saliendo se van a ir a brindar por tu primer día y por el último día del señor Sandoval en la mina. Uno acaba, otro empieza.

La invitación te gusta, pero no te alegra. Te sientes como si fueras tú el que se jubila. Piensas en él, en el viejo, y deseas que ya suba, que te vuelva a ver como si fuera tu padre o tu abuelo. Te causa gracia, pero no puedes evitar pensar en él y sentir alivio. Cuando sube hasta te sonríes con el señor. Le preguntas que qué tal, te contesta que bien y que cómo le fue al ángel en el infierno. No dices nada, no sabes qué decir, te ríes hacia afuera y él te mira como si supiera lo que pasó allá abajo. Se ve cansado y piensas que esa misma cara debes tener ahora.

El resto de los mineros parecen contentos, ya empiezan a alburearte y a ponerte apodos. No sabes qué decir, ya empiezas a sentir desesperación porque tarda mucho en salir el malacate y ya quieres ver la luz del sol.

Cuando por fin sales, te dan ganas de besar la tierra, como dicen que hizo Cristóbal Colón cuando descubrió América.

* * *

No creí estar tan nervioso. Casi nos truena antes de ponernos lejos. Lo que más trata uno de evitar, le sucede. No fue más que un susto, pero no debió ser así. ¿Serán los años, los nervios de que todo saliera bien hoy, o qué? O, ¿fue el miedo a salir hoy? Qué chistoso, hoy en la mañana tenía miedo de entrar y no salir, ahora resulta que tengo miedo de salir. Sí tengo miedo. Miedo porque no sé qué voy a hacer mañana, la pensión no me va a servir de mucho. Todavía tengo dos hijos que sacer adelante en sus estudios, aunque los otros tres ayudan, no creo que pueda salir con esa pensión. Pero ya no puedo seguir aquí. Ya son muchos años.

Pero me da un poco el sentimiento dejar el trabajo. A pesar de todo, uno se encariña con la mina. A veces, me sentía como si fuera el dueño. Dueño de la mina y dueño de la muerte.

No, no es cierto. Nosotros nunca podremos ser dueños de la mina. Es ella la que se apropia de nosotros, de nuestros cuerpos, de nuestro aliento, de nuestras vidas y hasta de la vida de nuestros hijos. Dios quiera que a ninguno de los míos se le ocurra trabajar en la mina, o que se vea en la necesidad de hacerlo.

No sé por qué estuve pensado mucho en el muchacho que acaba de entrar. Ángel se llama. Qué coincidencia, él entra y yo salgo. Ojalá que él también salga, pero que salga pronto y bien, no por un accidente.

Los demás quieren que vayamos a brindar dizque por mi retiro. Cuando entré también brindamos. Y aunque el retiro de este trabajo sí merece celebración, no tengo muchas ganas de ir. Además, no quiero llegar tomado a la casa este día.

Ahí está Ángel. No se ve que le haya ido muy mal, pero tampoco muy bien. Quisiera decirle muchas cosas, las que a mí nunca me dijeron, ¿valdrá la pena?

* * *

Tenían razón cuando te dijeron que de la mina se sale convertido en hombre. Antes no te dejaban entrar a la cantina así de fácil como hoy, ni un pero te pusieron.

El señor Sandoval, según él no quería venir, y ya está bien pedo. Se lo van a llevar a su casa y mañana tendrá tiempo de curársela, pero tú no, así que decides irte también a tu casa. Así como andan todos ni se van a dar cuenta que te sales y los dejas.

Qué chistoso el señor Sandoval. Se agarró a hablarte de la mina y a explicarte quien sabe qué cosas y a darte consejos de cómo trabajar y de cómo tratar a los ingenieros y a los demás mineros, por poquito se suelta a chillar. Ya te estaba empezando a fastidiar cuando se lo llevaron a otra mesa a brindar.

Con cuidado, no vayas a dar el azotón. Es difícil ver en la obscuridad, y en la peda. Y con el daño que te hace el pulque. Se va luego, luego a la cabeza, pero lo peor es que te acelera el corazón, sientes que te falta el aire y te sudan las manos, y te da un cansancio además de ganas de orinar...

* * *

El Observador, Pachuca, Hidalgo, sábado 11 de octubre de 1947. 3 MUERTOS EN LA MINA EL PORVENIR.

El lunes al medio día se registró un accidente en el interior de la mina El Porvenir del que resultaron tres jóvenes mineros muertos, al caérseles una pegadura que los sepultó en vida.

Inmediatamente se procedió a rescatar los cadáveres habiéndose identificado a Pablo Hernández de 25 años, Ángel Garnica de 19 y Roque Ortega de 18.

Los cadáveres fueron llevados al hospital y entregados después a sus fa-



No, no es cierto. Nosotros nunca podremos ser dueños de la mina. Es ella la que se apropia de nosotros”.

miliars para que les dieran cristiana sepultura.

Este nuevo accidente vino a entristecer a tres hogares humildes, de quienes ellos eran el único sustento.

* * *

El Observador, Pachuca, Hidalgo, sábado 11 de octubre de 1947. FALLECIÓ EL COMPAÑERO SANDOVALITO.

Ayer cerca de las nueve falleció en su domicilio y a la edad de sesenta y cinco años, el señor Pedro Sandoval, después de haber sufrido larga enfermedad.

Sandovalito trabajó casi treinta años en la Real del Monte, primero veinticinco años dentro de la mina y después en la imprenta de la compañía.

De la mina adquirió la terrible sífilis que lo tuvo agonizante por seis meses, y que ahora cobra otra víctima.

El sepelio se anuncia para hoy en la tarde.

Enviamos a sus familiares nuestro sentido pésame